

Narrativa medieval española: Los “*enxiemplos*”

1. *Calila y Dimna* (primera mitad siglo XIII)

probablemente encargada por Alfonso X, antes de ser rey, a partir de una traducción de un texto árabe. Narra cómo las inquisiciones del sabio Berzabuey culminan con la adquisición para su rey de un libro indio que trata de cómo los dos lobos cervales, Calila y Dimna, aconsejan mal o bien a su rey, el león, con el triunfo de la justicia sobre el mal.

Capítulo III

Del león e del buey e de la pesquisa de Dimna e de Calila

Dijo el rey a su filósofo: "Esto oído lo he; dame agora ejemplo de los dos que se aman, e los departe el mesturero, falso, mentiroso, que debe ser aborrecido como la vigambre, et los face querer mal, e los trae a aquello que querrían ser muertos antes, et han de perder sus cuerpos e sus almas". Dijo el filósofo: "Señor, cuando acaesce a dos homnes que se aman que el falso mesturero anda entre ellos, van atrás, e depártase e corrómpe se el amiganza que es entre ellos. Et esto semeja lo que acaesció al león e al buey". Dijo el rey: "¿Cómo fue eso?".

Un rico mercader aconseja a Dijo el filósofo: "Señor, dicen que en tierra de sus hijos que no sean Gurguen habla un rico mercader e había tres hijos. Et pródigosdespués que fueron de edad metiéronse el gastar el haber de su padre, e malbaratallo, e non se entremetían de ganar.

Et el padre, con dolor del amor que les habla, castigólos e díjoles: "Fijos, sabed que el seglar demanda tres cosas que non puede alcanzar si non con otras cuatro; e las tres que demanda son éstas: abondada vida, e alguna dignidad entre los homnes, e ante poner buenas obras para el otro siglo. Et las cuatro que ha de menester para alcanzar estas tres, son éstas: ganar haber de buena parte, e mantenello bien e facer le facer fruto, e despendello en las cosas que emiendan la vida, e vevir a placer de los parientes e de los amigos, e que torne con alguna pro para el otro mundo. E quien menosprecia alguna destas non alcanza lo que desea; ca si non ganare non habrá haber en que viva; et si hobiere haber, e non le ficiere facer fruto, aína se debe acabar por poco que despienda; así como el conlirio de que non toman si non un poco dello, et con todo eso acábase. Et si le ficiere facer fruto e non lo diere en los lugares que debe, será contado por pobre que non ha haber; et esto non lo quitará que lo non pierda, así como la tina de agua en que caen las aguas que si non fallan salida finchese, e hase de verter por muchas partes, et con todo esto podresce e vase el agua que está en ella a perdición".

Comienza la historia de Senceba

Desí los fijos del mercader castigáronse e hicieron mandamiento de su padre. Et fuese el mayor dellos con su mercadería a una tierra, e traía consigo una carreta con dos bueyes; et al uno decían Senceba e al otro Bendeba. Et cayó Senceba en un silo que había en aquel lugar. E sacáronlo, e fue tan maltrecho de la caída, que llegó a muerte. Et el mercader dejólo con uno de sus homnes, e mandóle que lo pensase bien, e si guaresciese que gelo llevase. Et el otro enojóse de lo guardar e dejolo, e fuese para do iba su amo, e díjole que el buey era muerto.

Et desí salió Senceba de aquel lugar, e andudo tanto que llegó a un plado verde e vicioso, que por su ventura le había de contescer de llegar ahí.

El que por huir de un peligro cae en otro

Et dicen que en el prado que él primeramente andaba, que un homne cogía yerbas e vino un lobo por detrás a él por le morder. E él, cuando lo sintió, comenzó a fuir. Et vido que en un río que estaba que había una puente quebrada, e dijo: "Si aquí estó, recelo del lobo, e si paso el río, lieva mucha agua e non sé nadar". Et acordó de se echar al agua, e fizo lo así. Et él yendo por el río que se quería afogar, viéronlo unos homnes de un aldea que estaba cerca e corriéronle e sacáronlo, e leváronlo al lugar. E arrimóse a una pared; et después que fue sano del peligro del agua, cayó la pared sobrel et matólo, e non pudo fallecer a la ventura, bien así como Senceba.

E a poco de tiempo engordó Senceba, e embraveció. Et cerca de aquel plado había un león, que era rey de todas las alimancias; e en aquel tiempo estaban con el león muchas dellas. Et este león era muy lozano. E cuando oía la voz de como el buey bramaba, en que non tal cosa había oído, espantábase mucho; mas non que ría que gelo sopiesen sus vasallos, et estovo quedo en su lugar. Et entre los otros vasallos que él allí, tenía, había. dos lobos cervales, et al uno decían Dimna e al otro Calila, e eran muy ardides e agudos, e era Dimna de más noble corazón e de mayor hacienda, e el que menos se tenía por pagado del estado en que era; et el león non los había conocido nin eran de la privanza fasta allí.

Dijo Dimna a Calila: "Ya vees cómo está el león en su lugar pecachado, que non se mueve nin se solaza como solía facer". Dijo Calila: "E tú, hermano, ¿qué has que preguntas lo que non has menester, nin te tiene pro en lo preguntar? Nos estamos en buen estado, e estamos a la puerta de nuestro rey, e tomamos lo que queremos, e non nos fallece nada de lo que habemos menester, e non somos de los que fablan con el rey sus fechos. E déjate desto, e sabe que el que se entremete de decir e de facer lo que non es para él, que le acaesce lo que acaesció a un simio artero que se entremetió de lo que non era suyo, nin le pertenecía". Dijo Dimna: "¿Cómo fue esto?"

Del simio y la cuña

Dijo Calila: "Dicen que un simio vido unos carpinteros aserrar una viga, e estaba el uno encima; e como iban aserrando metían una cuña e sacaban otra por aserrar mejor. Et el simio vídolos, e en tanto que ellos fueron comer, subió el simio encima de la viga e asentóse encima e sacó la cuña. E como le colgaban los compañeros en la serradura de la viga, al sacar de la cuña apretó la viga e tomóle dentro los compañeros, et machucógelos, e cayó amortecido. Desí vino el carpintero a él, e lo que le fizo fue peor que lo que le acaesció". E dijo Dimna: "Entendido te he lo que me dejiste e oí el ejemplo que me dejiste; mas todos los que a los reyes se llegan non lo facen tan solamente por fenchir sus vientres, que los vientres en cada lugar se pueden fenchir; mas trabaja el homne en mejorar su hacienda, por que haya lugar de facer placer a sus amigos, e el contrario a sus enemigos. Et los homnes viles son aquellos que se tienen por abondados con poca cosa, e alégranse con ella así como con el can que falla el hueso seco e se alegra con él. Et los homnes de grant corazón non se tienen por pagados de lo poco; ante trabajan que sus corazones lleguen a lo que quieren, así como el león que prende la liebre, e cuando vee al cabrón déjala e va en pos dél. Et ¿non vees que el can non quiere mover su cola, fasta que le echan el pan? ¿Et el elefante joven desque conoce su fuerza, e le lievan la vianda, es tanto sañoso, e non la quiere nin la come fasta que lo falagan e lo alimpian? Onde quien vive en grand medida a honra de sí e de sus amigos, maguer poco viva, de luenga vida es; et el que vive en angostura haciendo poco algo a sí e a sus amigos, aunque mucho viva, de poca vida es. Que dicen en algunos ejemplos que al que es mal andante dura toda su vida en pobredat, e que non ha cuidado si non de su vientre, aquel es contado con las bestias nescias".

Dijo Calila: "Entendido he lo que me dejiste, mas torna en tu entendimiento, e sabe que cada un homne ha su medida e ha su prez; et cuando se quiere tener con ella, débese tener por pagado con ella. E nos non habemos por que nos quejar deste estado en que estamos, ca cúmplenos". Dijo Dimna: "Las dignidades e las medidas de los homnes son comunas e son contrarias; así como el homne de grant corazón puja de la vil medida a la noble, e el homne de vil corazón abaja del alta medida a la vil. Et pujar a la nobleza es muy noble cosa e grave; ca abajarse della es vil cosa e rafez. Et es así como la piedra pesada que es muy grave de alzar et de la tener; e es muy rafez de la derribar e dejar caer". Et dijo: "Por esto nos habemos de trabajar mucho por haber de las mayores dignidades con nuestros grandes corazones, e non estar en este estado, podiéndolo guisar".

Dijo Calila: "Pues ¿en qué acuerdas?" Diz Dimna: "Quiérome mostrar al león en tal sazón, ca él es de flaco consejo e de flaco corazón e es escandalizado en su hacienda con sus vasallos, e por aventura en llegándome a él en este punto habré dél alguna dignidat o alguna honra e habré dél lo que he menester". Dijo Calila: "¿Onde sabes que el león está así como tú dices?" Et dijo Dimna: "Cuidol, e tengo que es así, que el homne agudo, de buen entendimiento, a las veces sabe el estado de sus amigos e su poridat, por lo que le semeja e por lo que vee de su estado e de su hacienda, e poniendo se en ello sábelo cierto". Dijo Calila: "¿Cómo esperas tú haber dignidat del león non habiendo tú nunca habido compañía nin privanza de ningunt rey nin sabiendo lo servir nin sabiendo lo que le place de sí nin de los otros?" Dijo Dimna: "El homne valiente so la grant carga, maguer que le apesgue, levántase, e la grant carga non alza al homne valiente nin al pesado; nin en el homne vil non ha obra nin cuidado. Et el homne homildoso e blando, non ha quien lo reprenda. Et ante pruebe homne las cosas que se ponga a ellas; et yo quiero probar ésta para mejorar la mi hacienda e la tuya".

Dijo Calila: "El rey non honrará al atrevido por su atrevecia, mas honra al verdadero e al cercano dél. Ca dicen los sabios que el que es de la compañía del rey e de la muger, que non lo allegan a sí por mayor bondat, mas por que está, más cercano que otro; bien así como la vid que se non trava al mayor árbol, mas al que más acerca le está. ¿Qué te semeja? Si el león non te llegare así, nin pudieres fablar cuando quisieres con él, ¿qué será de ti?" Dijo Dimna: "Así es como tú dices; mas sepas que los que son con el rey non fueron con él siempre, mas con su femencia alcanzaron las dignidades del rey; e son con él e lléganse a él después que son llueñe dél. Et yo trabajar me he de facer otro tal, e guisaré cómo llegue a ello; ca dicen que non es ninguno que llegue a la puerta del rey e dure y mucho consentido a ser mal traído e empujado, e sufra mucho pesar, e encubra su hacienda, e traiga su hacienda mansamente, que non llegue a lo que quiere".

Dijo Calila: "Pongamos que has llegado al león, ¿cómo traírás tu hacienda con él o con los que has esperanza de haber dignidat?" Dijo Dimna: "Si me yo hobiese llegado al león, e conosciere sus costumbres, guisaría como siguiese su voluntad, e que non fuese contra él, así que cuando quisiese facer alguna cosa derechamente afincárgela hía fasta que la ficiese e que acresciese su placer en ella e la cumpliese; et cuando quisiese facer alguna cosa que yo entendiese que le podría traer daño, facer lo hía entender el mal que hobiese, lo más manso que yo pudiese. E yo he esperanza qué será mejor servido que de otros algunos, ca el homne faldrido e sabio e manso, si quisiese desfacer la verdat et averiguar la mentira, a las veces facer lo hía, así como el buen pintor que pinta las imágenes en la pared que semejan a homne que sale della, et pintan otras que semejan eso mesmo e non es así".

Dijo Calila: "Pues esto tienes así a corazón, quiero te facer temer servicio del rey por el grant peligro que y ha. Ca dicen los sabios que tres cosas son a que se non atreve si non homne loco, nin estuerce dellas si non el sabio: la una es servir rey, la otra es meter las mugeres en su poridat, la tercera beber vidigambre a prueba. Et los sabios facían semejanza del rey e de su privanza al monte muy agro en que ha las sabrosas frutas, et es manida de las bestias fieras; onde subir a él es muy fuerte cosa; et estar sin el bien que en él ha es más amargo e más fuerte".

Dijo Dimna: "Entendido he lo que dejiste. Dices verdad en cuanto dices; mas sepas que quien non se entremete a los grandes peligros non ha las cosas que cobdicia, et quien non anda las luengas carreras non ha las granadas cosas. Et quien deja las cosas onde habría por aventura lo que quiere, e con que allegaría a lo que le fuese menester, con miedo e con pavor, non habrá granada cosa, nin pujará a nobleza. Et dicen que tres cosas son que non puede facer ninguno si non con ayuda de noble corazón, e a gran peligro: la una es oficio del rey, la otra mercadería sobre mar, e la otra lidiar con enemigo. Et dicen los sabios otrosí, que el homne de noble corazón non debe ser visto si non en dos lugares, quel non pertenesce ser en otros: o ser con los reyes muy honrado, o ser con los religiosos muy apartado; así como el elefante que solamente su beldat e su fermosura es en dos lugares: o en el campo seyendo salvage, o seyendo cabalgadura de los reyes". Dijo Calila: "Hermano, Dios te lo encime en bien esto que tú quieres facer".

Desí fuese ende Dimna, e salvó al león. [...]

Et pues que se hubo solazado Dimna con el león, dijo: "Veo, señor, que ha tiempo que estás en un lugar, que non te mudas. Esto, ¿por qué es?" Et el león non quería que sopiese Dimna que lo facía con cobardez, et dijo: "Non es por miedo". Et estando amos así, bramó Senceba muy fuerte, e tamaño fue el miedo que hubo, que le fizo decir: "Esta voz me tovo aquí en este lugar, e non sé qué es; empero veo que la persona que la face debe ser tan grande como la voz, e su fuerza tan grande como la persona. Et si esto así es, non moremos en este lugar". Dijo Dimna al león: "Escandalizásete de otra cosa fuera desta, ca si non te fizo ál pavor si non esto, non debes dejar tu posada. Ca la flaqueza es ocasión de la beudez, et la desvergüenza es ocasión de la pelea, et la mezcla es ocasión del amor, et la grant voz es ocasión del flaco corazón. Et esto se departe en un proverbio que dice: "Non se debe homne temer de todas voces". Dijo el león: "¿Cómo fue eso?"

La vulpeja y el tambor

Dijo Dimna: "Dicen que una gulpeja fambrienta pasó por un árbol, et estaba un atambor colgado del árbol, e movióse el viento, et firiéronlo los ramos, e sonaba muy fuerte. Et la gulpeja oyó aquella voz, e fuese contra ella fasta que llegó a ella, et en que vio que era finchado, cuidóse que era de mucha carne, que había de mucha gordez, e fendiólo e vio que era hueco, e dijo: "Non sé; por ventura las más flacas cosas han mayores personas e más altas voces". Et fuese dende. "Et yo, señor, non te di este ejemplo si non por que he esperanza que sea esta cosa, cuya voz te espantó, atal como el atambor, e si a ella te llegases, más ligera te semejaría que tú non cuidas. Et, señor, si fuere la tu merced, envíame a ella, e está tú en tu lugar fasta que yo torne a ti con lo que sopiere de su hacienda".

2. El Sendeban o Libro de los engaños e asayamientos de las mujeres

debió ser encargado por don Fadrique, hermano de Alfonso X. Como indica su título, desarrolla una temática misógina, derivada del episodio bíblico de la mujer de Putifar: el hijo del rey Alcos de Judea rechaza las proposiciones deshonestas de su madastra, que, airada, le acusa de haber intentado forzarla. El Infante, cumpliendo un voto de silencio, debe callar durante siete días y siete noches, tiempo que aprovechan los sabios del rey y la madrastra para defenderlo o atacarlo. Finalmente, triunfa la verdad: vive el Infante y muere la madrastra. Como en Calila e Dimna, la argumentación se hará mediante cuentos, cuya moraleja se aplica directamente a la situación presente.

Cuento 8: Fontes

Enxenplo de cómo vino la muger e dixo que matase el Rey a su fijo, e diole enxenplo de un fijo de un rey, e de un su privado cómo lo engañó

E díxole la muger:

-Era un rey e avía un privado e avía un fijo, e casólo con fija de otro rey. E el Rey, padre de la Infante, enbió dezir al otro rey:

-Enbíame tu fijo e faremos bodas con mi fija, e después enviarte mandado.

E el Rey mandó guisar su fijo muy bien e que fuese fazer sus bodas e que estudiase con ella quanto quisiese. E desí enbió el Rey aquel privado con su fijo, e así fablando uno con otro alongáronse mucho de su compañía e fallaron una fuente, e avía tal virtud que qualquier omne que beviere d'ella que luego se tornava muger; e el privado sabía la virtud que tenía la fuente, e non lo quiso dezir al Infante. E dixo:

»-Está aquí agora fasta que vaya a buscar carrera.

»E falló él la carrera andándola a buscar, e fuese por ella e falló al padre del Infante. E el Rey fue muy mal espantado, e dixo:

»-¿Cómo vienes así, sin mi fijo o qué fue d'él?

»E el privado dixo:

»-Creo que lo comieron las bestias fieras.

»E quando vio el Infante que tardava el privado e que non tornava por él, desçendió a la fuente a lavar las manos e la cara, e bebió del agua, e fízose muger. E estuvo en guisa que non sabía qué fazer nin qué dezir nin dó ir. E a esto llegó a él un diablo e dixo que quién era él, e él le dixo:

»-Fijo de un rey de fulana tierra.

»E díxole el nonbre derecho e contól' la falsedat que le fiziera el privado de su padre. E el diablo ovo piedat d'él porque era tan fermoso, e díxole:

»-Tornarme he yo dueña, commo tú eres, e a cabo de quatro meses tornarme he commo dantes era.

»E el Infante lo oyó, e fizieron pleito, e fue y el diablo.

»Otro sí vino en lugar de muger preñada, e dixo el diablo:

»-Amigo, tórnate commo dante, e yo tornarme he commo ante era.

»E dixo el Infante:

»-¿Cómo me tornaré yo así, que quando yo te fiz' pleito e omenaje yo era donzella e virgen, e tú eres agora muger preñada?

»E estonçes se razonó el Infante con el diablo ante sus alcalles, e fallaron por derecho que vençiera el Infante al diablo. Estonçes se tornó el Infante omne, e fuese para su muger e levóla para casa de su padre, e contógelo todo commo le acaesçiera. E el Rey mandó matar al privado porque dexara al Infante en la fuente.

»E por ende yo he fiuza que me ayudará Dios contra tus malos privados.»

E el Rey mandó matar su fijo.

Cuento 9: Senescalculus

Enxenplo del quarto privado, e del bañador e de su muger

E vino el quarto privado, e entró al Rey e fincó los inojos ante el Rey, e dixo:

-Señor, non deve fazer omne en ninguna cosa fasta que sea bien çierto de la verdat, ca quien lo faze ante que sepa la verdat, yerra e faze muy mal, commo acaesçió a un bañador que se arrepintió quando non le tovo pro.

El Rey le preguntó:

-¿Cómomo fue eso?

Dixo:

-Señor, fue un infante un día por entrar en el baño, e era mançebo, e era tan grueso que non podía ver sus miembros por dó eran. E quando se descubrió, violó el vañador, e començó a llorar.

»E díxole el Infante:

»-¿Por qué lloras?

»E dixo:

»-Por tú ser fijo de rey, commo lo eres, e non aviendo otro fijo sinon a ti, e non ser señor de tus miembros, así commo son otros varones; ca yo bien creo que non puedes jazer con muger.

»E el Infante le dixo:

»-¿Qué faré yo que mi padre me quiere casar? Non sé si podré fazimiento con muger. E el Infante dixo:

»-Toma agora diez maravedís, e veme a buscar una muger hermosa.

»E el vañador dixo en su coraçón: 'Terné estos diez maravedís, e entre mi muger con él, ca bien sé que non podrá dormir con ella.'

»E estonçes fue por ella. E el Infante durmió con ella, e el vañador començó de atalear cómmo yazía con ella con su muger. E el Infante rióse. E el vañador fallóse ende mal, e dixo:

»-¡Yo mesmo me lo fize!

»E estonçes llamó su muger e dixo:

»-Vete para casa.

»E ella dixo:

»-¿Cómomo iré, ca le fiz' pleito que dormiría con él toda esta noche?

»E quando él esto oyó, con cueita e con pesar, fuese a enforçar, e así se mató.

»E, señor, non te di este enxemplo sinon que non mates tu fijo.»

Cuento 10: Canicula

Enxenplo del omne e de la muger e de la vieja e de la perrilla

«-Señor, oí dezir que un omne a su muger fizieron pleito e omenaje que se toviesen fieldat. E el marido puso plazo a que viniese, e non vino a él. E estonçes salió a la carrera, e estando así, vino un omne de su carrera, e viola e pagóse d'ella, e demandóle su amor. E ella dixo que en ninguna guisa que lo non faría. Estonçes fue a una vieja que morava çerca d'ella, e contógelo todo cómmo le conteçiera con aquella muger, e rogóle que gela fiziese aver, e que le daría quanto quisiese. E la vieja dixo que le plazié, e que gela faría aver.

»E la vieja fuese a su casa, e tomó miel e masa e pimienta, e amasóla toda en uno, e fizo d'ella panes. Estonçes fuese para su casa de aquella muger, e llamó una perrilla que tenía e echóle de aquel pan, en guisa que non lo viese la muger. E después que la perrilla lo comió, enpeçó de ir tras la vieja, falagándosele que le diese más e llorándole los ojos con la pimienta que avió en el pan. E quando la muger la vio así, maravillóse, e dixo a la vieja:

»-Amiga, ¿viestes llorar así a otras perras, así commo a ésta?

»Dixo la vieja:

»-Faze derecho, que esta perra fue muger, e muy hermosa, e morava aquí cabo mí, e enamoróse un omne d'ella, e ella non se pagó d'él, e estonçes maldíxola aquel omne que la amava, e tornóse luego perra. E agora, quando me vio, menbrósele d'ella, e començóse de llorar.

»E estonçes dixo la muger:

»-¡Ay, mezquina! ¿Qué faré yo, que el otro día me vio un omne en la carrera e demandóme mi amor e yo non quis'? E agora he miedo que me tornaré perra, si me maldixo. E agora ve, e ruegal' por mí, que le daré quanto él quisiere.

»Estonçes dixo la vieja:

»-Yo te lo traeré.

»E estonçes se levantó la vieja, e fue por el omne. E levantóse la muger e afeitóse; e estonçes se asomó a casa de la vieja, a ver si avía fallado aquel omne que fuera a buscar. E la vieja dixo:

»-Non lo puedo fallar.

»E estonçes dixo la muger:

»-Pues, ¿qué faré yo?

»Estonçes fue la vieja, e falló al omne, e dixo:

»-Anda acá, que ya fará la muger todo, todo quanto yo quisiere.

»E era el omne su marido e non lo conoçía la vieja, que venía estonçes de su camino. E la vieja dixo:

»-¿Qué darás a quien buena posada te diere e muger moça e hermosa, e buen comer e buen beber, si quieres tú?

»E él dixo:

»-¡Par Dios, si querría!

»Fuese ella delante, e él en pos d'ella, e vio que lo levava a su casa, e sospechó que lo levava a su casa e para su muger mesma, e sospechó que lo fazía así toda vía, quando él saliera de su casa. E la vieja mala entró en su casa e dixo:

»-Entrad.
»Después qu'el omne entró, dixo:
»-Asentadvos aquí.
»E católa al rostro. E quando vio que su marido era, non sopo ál qué fazer, sinon dar salto en sus cabellos. E dixo:
»-¡Ay, don putero malo!, ¿esto es lo que yo e vós pusiemos, e el pleito e omenaje que fiziemos? Agora veo que guardades las malas mugeres, e las malas alcauetas.
»E él dixo:
»-¡Guay de ti!, ¿qué oviste conmigo?
»E dixo su muger:
»-Dixiéronme agora que viniés', e afeitéme, e dixe a esta vieja que saliese a ti, por tal que te provase si usavas las malas mugeres, e veo que aína seguiste la alcauetería. ¡Mas jamás nunca nos ayuntaremos, nin llegarás más a mí!
»E dixo él:
»-¡Así me dé Dios su graçia e aya la tuya, commo non cuidé que me traía a otra casa sinon la tuya e mía, si non non fuera con ella, e aun pesóme mucho quando me metió en tu casa, que cuidé que esto mesmo farás con los otros!
»E quando ovo dicho, rascós' en su rostro, e ronpiólo

3. Don Juan Manuel: *El Conde Lucanor*

Cuento VII

Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana

Otra vez estaba hablando el Conde Lucanor con Patronio de esta manera:

-Patronio, un hombre me ha propuesto una cosa y también me ha dicho la forma de conseguirla. Os aseguro que tiene tantas ventajas que, si con la ayuda de Dios pudiera salir bien, me sería de gran utilidad y provecho, pues los beneficios se ligan unos con otros, de tal forma que al final serán muy grandes.

Y entonces le contó a Patronio cuanto él sabía. Al oírlo Patronio, contestó al conde:

-Señor Conde Lucanor, siempre oí decir que el prudente se atiene a las realidades y desdeña las fantasías, pues muchas veces a quienes viven de ellas les suele ocurrir lo que a doña Truhana.

El conde le preguntó lo que le había pasado a esta.

-Señor conde -dijo Patronio-, había una mujer que se llamaba doña Truhana, que era más pobre que rica, la cual, yendo un día al mercado, llevaba una olla de miel en la cabeza. Mientras iba por el camino, empezó a pensar que vendería la miel y que, con lo que le diesen, compraría una partida de huevos, de los cuales nacerían gallinas, y que luego, con el dinero que le diesen por las gallinas, compraría ovejas, y así fue comprando y vendiendo, siempre con ganancias, hasta que se vio más rica que ninguna de sus vecinas.

»Luego pensó que, siendo tan rica, podría casar bien a sus hijos e hijas, y que iría acompañada por la calle de yernos y nueras y, pensó también que todos comentarían su buena suerte pues había llegado a tener tantos bienes aunque había nacido muy pobre.

»Así, pensando en esto, comenzó a reír con mucha alegría por su buena suerte y, riendo, riendo, se dio una palmada en la frente, la olla cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Doña Truhana, cuando vio la olla rota y la miel esparcida por el suelo, empezó a llorar y a lamentarse muy amargamente porque había perdido todas las riquezas que esperaba obtener de la olla si no se hubiera roto. Así, porque puso toda su confianza en fantasías, no pudo hacer nada de lo que esperaba y deseaba tanto.

»Vos, señor conde, si queréis que lo que os dicen y lo que pensáis sean realidad algún día, procurad siempre que se trate de cosas razonables y no fantasías o imaginaciones dudosas y vanas. Y cuando quisierais iniciar algún negocio, no arriesguéis algo muy vuestro, cuya pérdida os pueda ocasionar dolor, por conseguir un provecho basado tan sólo en la imaginación.

Al conde le agradó mucho esto que le contó Patronio, actuó de acuerdo con la historia y, así, le fue muy bien.

Y como a don Juan le gustó este cuento, lo hizo escribir en este libro y compuso estos versos:

*En realidades ciertas os podéis confiar,
mas de las fantasías os debéis alejar.*

Cuento XIX

Lo que sucedió a los cuervos con los búhos

Hablaba otro día el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo:

-Patronio, estoy en lucha con un enemigo muy poderoso, que tenía en su casa a un pariente que se había criado con él y a quien había favorecido muchas veces. Una vez, por una disputa entre ellos, mi enemigo causó graves daños y deshonoró a su pariente que, aunque le estaba muy obligado, pensando en aquellas ofensas y buscando la forma de vengarse, desea aliarse conmigo. Creo que me sería hombre muy útil, pues podría aconsejarme el mejor modo de hacerle daño a mi enemigo, ya que lo conoce muy bien. Por la gran confianza que me merecéis y por vuestro buen sentido, os ruego que me aconsejéis el modo de solucionar esta duda.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, lo primero que debo deciros es que ciertamente este hombre ha venido a vos para engañaros, y, para que sepáis cómo lo intentará conseguir, me gustaría que supierais lo que sucedió a los cuervos con los búhos.

El conde le preguntó lo que había sucedido en este caso.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, los cuervos y los búhos estaban en guerra entre sí, pero los cuervos llevaban la peor parte porque los búhos, que sólo salen de noche y de día permanecen escondidos en lugares muy ocultos, volaban al amparo de la oscuridad hasta los árboles donde se cobijaban los cuervos, golpeando o matando a cuantos podían. Como los cuervos sufrían tanto, uno de ellos muy experimentado, al ver el grave daño que recibían los suyos, habló con sus parientes los cuervos y encontró un medio para vengarse de sus enemigos los búhos.

»Este era el medio que pensó y puso en práctica: los cuervos le arrancaron las plumas, excepto alguna de las alas, por lo que volaba muy poco y mal. Así, lleno de heridas, se fue con los búhos, a los que contó el mal y el daño que le habían causado los cuervos porque él no quería la guerra contra los búhos, por lo cual, si ellos lo aceptaban como compañero, estaba dispuesto a decirles las mejores maneras para vengarse de los cuervos y hacerles mucho daño.

»Los búhos, al oírlo, se pusieron contentos porque pensaban que con este aliado podrían derrotar a sus enemigos los cuervos, con lo cual empezaron a tratarlo muy bien y le hicieron partícipe de sus planes secretos y de sus proyectos para la lucha.

»Sin embargo, había entre los búhos uno que era muy viejo y que tenía mucha experiencia que, cuando se enteró de lo del cuervo, descubrió el engaño que les preparaba y fue a explicárselo al cabecilla de los búhos, diciéndole que, con toda seguridad, aquel cuervo se les había unido para conocer sus planes y preparar su derrota, por lo que debía alejarlo de allí inmediatamente. Pero este experimentado búho no consiguió que sus hermanos le hicieran caso, por lo cual, al ver que no lo creían, se alejó de ellos y se fue a vivir a un lugar donde los cuervos no pudieran encontrarlo.

»Los búhos, no obstante, siguieron confiando en el cuervo. Cuando le crecieron otra vez las plumas, dijo a los búhos que, pues ya podía volar, iría en busca de los cuervos para decirles dónde estaban y, de esta manera, reunidos todos los búhos, podrían acabar con sus enemigos los cuervos, cosa que les agradó mucho.

»Al llegar el cuervo donde estaban sus hermanos, se juntaron todos y, como sabían los planes de los búhos, los atacaron de día, cuando ellos no vuelan y están tranquilos y sin recelo, y destrozaron y mataron a tantos búhos que los cuervos quedaron como únicos vencedores.

»Así les sucedió a los búhos, por fiarse del cuervo quees, por naturaleza enemigo suyo.

»Vos, señor Conde Lucanor, pues sabéis que este hombre que quiere aliarse con vos debe vasallaje a vuestro enemigo, por lo cual él y toda su familia son vuestros enemigos también, os aconsejo que lo apartéis de vuestra compañía porque es seguro que pretende engañaros y busca vuestro mal. Pero si él os quiere servir desde fuera de vuestras tierras, de modo que nunca conozca vuestros planes ni pueda perjudicaros y verdaderamente hiciera tanto daño a aquel enemigo vuestro que nunca pudiera hacer las paces con él, entonces podréis confiar en ese pariente despechado, haciéndolo siempre con cautela para que no os pueda resultar peligroso.

El conde pensó que este era un buen consejo, obró según él y le fue muy provechoso.

Y como don Juan comprendió que se trataba de un cuento muy bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

*Al que antes tu enemigo solía ser
ni en nada ni nunca le debes creer.*

Cuento XXVIII

Lo que sucedió a don Lorenzo Suárez Gallinato

Un día, hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

-Patronio, un hombre quiere ponerse bajo mi protección, y aunque sé que es buena persona por naturaleza, algunos dicen que ha cometido diversas faltas. Como conozco vuestro buen juicio, os ruego que me aconsejéis qué hacer en este caso.

-Señor conde -dijo Patronio-, para que hagáis lo más juicioso, me gustaría que supierais lo que sucedió a don Lorenzo Suárez Gallinato.

El conde le preguntó lo que había pasado.

-Señor conde -dijo Patronio-, don Lorenzo Suárez Gallinato estuvo a las órdenes del rey moro de Granada y, cuando volvió al servicio del rey de Castilla, don Fernando, este le dijo que, como había ofendido tanto a Dios, al ayudar a los moros contra los cristianos, Nuestro Señor nunca tendría piedad de él y que, al morir, perdería su alma.

»Don Lorenzo Suárez respondió al rey que ningún motivo tenía él para esperar la misericordia de Dios, excepto el de haber dado muerte a un misacantano.

»Como al rey le pareció una respuesta muy extraña, le pidió más detalles.

»Don Lorenzo dijo que, mientras vivió con el rey de Granada, disfrutó de toda su confianza y era miembro de su guardia personal. Yendo un día con el rey, escuchó mucho ruido de personas que daban voces y gritaban; como escolta del rey, espoleó su caballo y fue a ver qué pasaba, encontrándose con un clérigo revestido con los ornamentos sagrados. Se trataba de un sacerdote que

había abjurado del cristianismo y abrazado el islam y que, por complacer a los moros, les había propuesto entregarles el Dios en quien creen los cristianos, al que veneran como único Dios verdadero. Para ello, el sacrilego sacerdote se proveyó de los ornamentos necesarios, hizo un altar, celebró la misa y consagró una hostia que entregó a los moros; estos se empezaron a mofar de ella, la llevaban arrastrando por el lodo y recorrían así toda la villa.

»Cuando don Lorenzo Suárez vio esto, aunque él vivía con los moros, se acordó de que era cristiano y, como creía que aquel era sin duda el cuerpo de Dios, cuyo hijo Jesucristo había muerto por redimirnos de nuestros pecados, pensó que sería bienaventurado si moría por vengar aquella ofensa y sacrilegio. Así que, lleno de cólera e ira, se lanzó contra el renegado que tal crimen había hecho y le cortó la cabeza. Luego descabalgó, hincó ambas rodillas en tierra y adoró el cuerpo de Cristo, al que los moros habían arrastrado. En cuanto se arrodilló, la hostia, que estaba un poco lejos de él, saltó del lodo y vino a caer en la falda de don Lorenzo Suárez. Al ver esto, todos los moros se encolerizaron, echaron mano a sus espadas y con piedras y palos se dirigieron hacia él para matarlo. Don Lorenzo cogió su espada, la misma que le sirvió para decapitar al falso clérigo, y comenzó a defenderse.

»El rey, al oír tanto ruido y ver cómo querían matar a don Lorenzo Suárez, ordenó que nadie lo atacase antes de saber lo ocurrido. Los moros, que estaban muy ofendidos, le dijeron lo que había pasado con don Lorenzo y el clérigo renegado.

»El rey, muy enojado y con gran violencia, preguntó a don Lorenzo por qué había actuado así. Este le contestó que ya sabía que él no era moro, pero no obstante le había confiado la protección de su cuerpo porque lo consideraba un hombre muy leal, y que él, por miedo a la muerte, no dejaría de protegerlo; también le dijo que, si lo juzgaba tan leal que pensaba que lo defendería hasta la muerte, aunque el rey era moro, debía considerar qué estaría él dispuesto a hacer, como cristiano que era, para salvar el cuerpo del Señor, que es rey de reyes y señor de los señores, y si, por hacer esto, lo mataban, se sentiría muy dichoso.

»Al oírle esto, el rey se alegró mucho de lo que don Lorenzo decía, así como de lo que había hecho, y de allí en adelante le demostró aún mayor aprecio y profunda admiración.

»Vos, señor conde, si sabéis que ese hombre que busca vuestra protección es bueno y os podéis fiar de él, aunque os digan que cometió algunas faltas, no debéis alejarlo de vos, pues a veces lo que la gente considera malo no lo es, como le ocurrió al rey Fernando cuando pensó que don Lorenzo había cometido el mayor crimen del mundo, al dar muerte a un sacerdote. Pero, como veis, don Lorenzo cumplió muy honrosamente con su deber. Sin embargo, si vos supierais que lo que hizo estaba mal y que lo hizo sin razón, aunque ahora esté arrepentido, haréis muy bien al rechazarlo de vuestro lado.

Al conde le agradó mucho esto que le dijo Patronio, siguió su consejo y le fue bien.

Y viendo don Juan que el cuento era bueno, lo mandó poner en este libro y añadió unos versos que dicen así:

*Aunque muchas cosas parezcan sin razón,
miradas más de cerca, ¡qué verdaderas son!*

4. El Libro de los gatos o Libro de los enxemplos.

Se conserva en la Biblioteca nacional un códice, al parecer de principios del siglo XV, titulado Libro de los enxemplos. Cada ejemplo está seguido de un pequeño cuento que ilustra la moralidad allí referida. La crítica más reciente ha descubierto que el manuscrito que se halla en la Biblioteca Nacional es una traducción de las Fabulae o Narrationes del escritor anglo-latino Odon de Cheriton, del siglo XIII; si bien parece que las moralejas que se dan en la versión española apuntan a ser obra de un escritor español y abundan en ellas giros y modismos que nos recuerdan la prosa de Don Juan Manuel. El título de "Libro de los gatos" es enteramente arbitrario, no habiendo nada que lo justifique ni en su contenido ni en las pocas fabulillas que a dicho animal se refieren y que se reseñan a continuación. Algunas hipótesis apuntan a que el término gato, -catus-, era utilizado para designar a los cátaros y por extensión, en el siglo XIII, a los herejes y a las religiosidades sospechosas de ser poco claras. Supuestamente el gato ejemplificaría esas tendencias.

IX. Exemplo del gato con el mur.

En un monesterio habia un gato que habia muerto todos los mures del monesterio, salvo uno que era muy grand, el cual non podia tomar. Pensó el gato en su corazón en qué manera lo podria engañar que lo podiese matar; é tanto pensó en ello que acordó entre sí que se ficiese facer la corona, é que se vistiese hábito de monje, é que se asentase con los monjes á la mesa, é estonce que habria derecho del mur; é fizolo así commo lo habia pensado. El mur desque vió el gato comer con los monjes, hobo muy grand placer, é cuidó, pues el gato era entrado en religion, que dende adelante que le non faria enojo ninguno, en tal manera que se vino don mur á do los monjes estaban comiendo, é comenzó á saltar acá é allá. Estonce el gato volvió los ojos commo aquel que non tenia ya ojo á vanidad nin locura ninguna, é paró el rostro muy acorde é muy homildoso; et el mur desque vió aquello fuése llegando poco á poco, et el gato desque lo vió cabe sí, echó las uñas en él muy fuertemente, é comenzóle á apretar muy fuertemente la garganta. E dijo el mur: "¿Por qué me faces tan grand crueldad que me quieres matar, siendo monje?" Estonce dijo el gato: "Non prediques agora tanto, porque yo te deje; ca, hermano, sepas que cuando me pago só monje, é cuando me pago só calonje, é por esto fago ansí." Ansí es de muchos clérigos é de muchos ordenados en este mundo, que non pueden haber riquezas nin dignidades nin aquello que cobdician haber; estonce facen una herejía, ca fíngense de buenos é de santos, é en sus corazones son muy falsos, é muy cobdiciosos, é muy amigos del diablo, é fácese parescer al mundo tales como ángeles; et otros ha y que se meten á ser monjes por tal que les fagan priores é obispos, et por esto fácese corona, é vístense hábitos, porque puedan tomar alguna dignidad, así commo tomó el gato al mur; et maguera entiendan despues que lo han habido falsamente, por mucho que los otros prediquen que lo dejen no lo quieren dejar. En esta manera el araña fila sus telas, é ordida su trama,

consúmese toda por tomar una mosca, et despues que la ha tomada, viene un viento é lleva la tela é la araña é la mosca. Así es de muchos clérigos escolares, que van á la corte á veces desnudos, é con grandes calenturas, é frios, é nieves, por muchos montes, por valles, é trabajando mucho, quebrantando sus carnes é sus cuerpos por cobrar algun beneficio, et despues viene la muerte é llévalo todo.

XVI. Exemplo del mur que comió el queso.

Un hombre tenia queso en el arca, é entró un mur dentro é comenzó á comer del queso. El hombre pensó en cómo podria facer que el mur non comiese el queso, é hobo por consejo que posiese dentro en el arca el gato, é fizolo así, é desde lo vió el gato dentro, mató el mur é comió el queso. Así facen muchos hombres que pornán una iglesia en mano de un capellan que gastará todos los bienes della, é despues cuando se querellan dél al obispo, porná y otro peor que gastará la parroquia; el capellan, pues, es el mur que se empezaba á comer el queso; el otro es el que lo consume todo. Otrosí, muchas veces ponen los obispos algunos curas que non son letrados é non entienden qué cosa son pecados, antes ha y en ellos muchas malas condiciones. Estos tales nunca amonestan el pueblo; en lugar de aprender dellos buenos exemplos, aprenden los malos, en guisa que los sus sujetos están en mal estado é ellos en peor: así que viene el diablo, que se entiende por el gato, é lleva el cura é los parroquianos. E otrosí, se entiende por muchos señores, que de que les dicen que en su pueblo non pasan á derecho, en lugar de les facer emienda, pónenles un alcalde ó un merino, non cual ellos lo han menester, mas el que ellos quieren; los cuales facen mercet ó han buena voluntad á aquellos que quieren é lievan tan bien de los que facen derecho, como de los que facen tuerto: aquellos tales son compañeros del gato que comió el queso.

XL. Exemplo de la gulpeja con el gato.

La gulpeja una vegada iba por un camino é encontró al gato é díjole: "Amigo, ¿cuántas maestrías sabes?" E respondió el gato: "Non sé sinon una." E dijo la gulpeja: "¿Cuál?" Dijo el gato: "Cuando los canes me van por alcanzar súbome en los árboles altos." Et dijo el gato á la gulpeja: "¿E tú cuántas sabes?" Dijo la gulpeja: "Diez y siete, é aun tengo un saco lleno, é si quisieres ven conmigo é mostrarte-he todas mis maestrías, que los canes non te puedan tomar." Et al gato plúgole mucho é otorgógelo é fuéronse amos en uno. Ellos de que se fuéron oyeron los ladridos de los perros é de los cazadores, é dijo el gato: "Amigo, oyo los perros é he grand miedo que nos alcancen." Et dijo la gulpeja: "Non quieras haber miedo, ca yo te amostraré muy bien cómo puedas escapar de ellos." E ellos hablando, ibanse acercando los canes é los cazadores. "Ciertamente, dijo el gato, non quiero ir mas contigo, mas quiero usar de mi arte." Estonce el gato saltó en un árbol, é los canes que vieron estar el gato en el árbol, dejáronle é fueron en pos de la gulpeja, é siguiéronla tanto fasta que la alcanzaron, é el un perro por las piernas, é el otro por el espinazo, é el otro por la cabeza, comenzáronla de despedazar. Estonce comenzó dar voces el gato que estaba en el alto: "Gulpeja, abre tu saco de todas tus maestrías, ca non te valdrán nada." Por el gato se entiende los simples é los buenos que non saben usar sinon de verdad, é de servir á Dios é facer obras para sobir al cielo. Et por la gulpeja se entiende los voceros é los abogados, ó los otros hombres de mala verdad que saben facer diez y siete engaños é mas un saco lleno, et despues viene la muerte que lleva á todos, tan bien á justos como á pecadores. El hombre justo salta en el árbol que se entiende por los cielos, é los engañosos é los malos son tomados de los diablos é llevados á los infiernos. Estonce puede decir el justo: "Gulpeja, gulpeja, abre el costal con todos tus engaños; non te podrian guarescer de los diablos." Dice Jesucristo en el Evangelio: "Quien se ensalza será humillado, é quien se humilla será ensalzado." Cualquier que en este mundo quisiere ser honrado con soberbia ó con pecado, en aquel otro mundo será abajado; et aquellos que en este mundo se quisieren humillar por su amor, serán en el otro mundo ensalzados en la gloria del paraíso.

XI. Exemplo de los mures.

Un mur que vivia en una casa, preguntó á otro mur que vivia en los campos que qué era lo que comia. El respondió: "Como duras fabas é secos granos de trigo é de ordio." Et dijo el mur de casa: "Amigo, muchas son tus viandas duras; maravilla es cómo non eres muerto de fambre." E preguntó el de fuera al de casa: "¿Pues tú, qué comes?" Respondió el de casa: "Dígame que como buenas viandas, é buenos bocados, é bien gordos, é a vegadas pan blanco; por ende ruégote que vengas á mi posada é comerás muy bien conmigo." El mur de fuera plúgole mucho, é fuése con él para su casa, é fallaron que estaban los hombres comiendo, é los que comian á la mesa echaban migas de pan é otros bocados fuera de la mesa. El mur de casa dijo al extraño: "Sal del forado, é verás cuántos bienes caen de aquellos homes de la mesa." Estonce salió el mur extraño del forado, é tomó un bocado, é él tomando el bocado, fué el gato en pos del mur, que mala vez pudo entrar el mur en el forado, é dijo el mur de la posada: "¿Viste, viste qué buenos bocados? Muchas vegadas los como tales, é ruégote que finques aqui conmigo algunos días." Respondió el extraño: "Buenos bocados son, mas dime si has cada dia tal compañía." E dijo el mur de la posada: "¿Cuál?" Dijo el extraño: "Un gato me corrió agora, onde tan grand fué el miedo que hobe, que se me cayó el bocado de la boca é hóbelo á dejar." Estonce dijo el de la posada: "Aquel gato que tú ves, aquel mató á mi padre, é aun yo mesmo muchas veces he estado á peligro de muerte, que mala vez soy escapado de sus uñas." E dijo el extraño: "Ciertamente non querria que todo el mundo fuese mio si siempre hobiese de vevir en tal peligro; fíncate con tus bocados, ca mas quiero vevir en paz con pan é agua que non haber todas las riquezas del mundo con tal compañía como has." Así es de muchos beneficiados en este mundo de iglesia, que son usureros, ó que facen simonía, que con tamaño peligro comen los bocados mal ganados, que sobre cada bocado está el gato, que se entiende por el diablo que acecha las ánimas; é mas les valdria comer pan de ordio con buena conciencia que non haber todas las riquezas deste mundo con tal compañero. Otrosí, esto mesmo se entiende á los reyes, ó á los señores, ó á los cibdadanos honrados cada uno en su estado, que quieren tomar por fuerza algo de sus vecinos, ó de sus vasallos, ó de amigos ó de enemigos, en cualquier guisa que lo puedan tomar á los hombres á tuerto ó á sin razon, é facen otros pecados mortales. Estos tales siempre está el diablo cabe ellos para los afogar, como quier que algunos sufre nuestro Señor algunos días, cuidando que se emendarán; mas al cabo, si non se emiendan, viene el diablo é mátalos é llévalos al infierno, onde mas se les valdria en este mundo ser pobres é lazrados, que non despues sufrir las penas para siempre.

XXXVII. Exemplo del leon con el gato.

Una vegada convidó el leon á todas las animalias á comer, é convidó al gato que era su amigo é era hombre muy honrado, é preguntó el leon que de qué vianda comia mas de grado, é él respondió: "Ratos é mures." E pensó el leon que pues el gato se pagaba dello, que les daría comer de aquella vianda á todos los otros; así que fizo traer muchos manjares de ratos é de mures, é el gato comió muy bien dellos, mas todos los otros comenzaron á murmurar é fablar entre sí: "¿Qué es esto que nos da á comer?" Et por esto fué el ayantar menospreciado é abltado. Así es de muchos que facen muchos convites, é acaéscelos que convidan algunos gatos, que se entienden por algunos hombres que non se pagan de ningun placer sinon de decir algunas suciedades por haber la gracia de algunos, ó por llevar algo que les pluga, ó non facer aquella grand fiesta, é uso así facer fasta la muerte, et por tal que se pueden en este mundo embeodar é hinchar los vientres de vianda é en suciedades é en pecados, dan las ánimas á los diablos.

LV. Exemplo de los mures con el gato.

Los mures llegóronse á consejo é acordaon cómo se pondrian guardar del gato, é dijo el uno que era el mas cuerdo que los otros: "Atemos una esquila al pescuezo del gato, é podernos hemos muy bien guardar del gato, que cuando él pasare de un cabo á otro siempre oiremos la esquila." Et aqueste consejo plugo á todos; mas dijo uno: "Verdad es, mas ¿quién atará la esquila al pescuezo del gato?" E respondió el uno: "Yo non." Respondió el otro: "Yo non, que por todo el mundo yo non querria llegar á él." Así acaesce muchas vegadas que los clérigos ó monjes se levantan contra sus prelados, ó otros contra sus obispos diciendo: "Pluguiese á Dios que lo hobiese tirado é que hobiésemos otro obispo ó otro abad." Esto placeria á todos; mas al cabo dice: "Quien lo acusare perderá su dignidad ó fallarse-ha mal dende, (") et dice el uno: "Yo non." Dice el otro: "Yo non." Así que los menores dejan acusar á los mayores mas por miedo que non por amor.

LVI. Exemplo del mur que cayó en la cuba.

El mur una vegada cayó en una cuba de vino é el gato pasaba por y, é oyó el mur do facia grand roido en el vino é non podia salir, et dijo el gato: "Por qué gritas tanto?" Respondió el mur: "Porque non puedo salir" Et dijo el gato: "¿Qué me darás si te saco?" Dijo el mur: "Darte-he cuanto tú me mandares." Et dijo el gato: "Si te yo saco quiero que des esto, que vengas á mí cuantas vegadas te llamare." Et dijo el mur: "Esto vos prometo que faré." Et dijo el gato: "Quiero que me lo jures." Et el mur prometiógelo. El gato sacó el mur del vino, é dejólo ir para su forado, é un día el gato habia grand fambre é fué al forado del mur é djole que viniese, et dijo el mur: "¿Non lo juraste tú á mí que saldrías cuando te llamase?" Et respondió el mur: "Hermano, beodo era cuando lo dije." Así contece á muchos en este mundo cuando son dolientes é son en prisión é han algun recelo de muerte, estonce ordenan sus haciendas é ponen sus corazones de emendar los tuertos que tienen á Dios fechos é prometen de ayunar é dar limosnas é de guardarse de pecados en otras cosas semejantes á estas; mas cuando Dios los libra de peligros en que están, non han cuidado de complir el voto que prometen á Dios, antes dicen: "En peligro era é non estaba bien en mi seso, ó tambien me sacara Dios de aquel peligro aunque non prometiera nada." Así cuentan de una pulga que tomó un abad en su pescuezo, é comenzó á decir: "Agora te tengo; muchas vegadas me mordiste é me despertaste, mas nunca escaparás de mi mano, antes te quiero luego matar." Et dijo la pulga: "Padre santo, pues tu voluntad es de me matar ponme en tu palma porque pueda mejor confesar mis pecados, é desde fuere confesada poderme-has matar." Et el abad movióle piedad, é puso la pulga en la mano, é la pulga desde se vió en la palma dió un grand salto é fuese. Et el abad comenzóla de llamar, mas nunca la pulga se quiso tornar. Así es de muchos en este mundo que cuando son escapados non pagan nada .

5. Libro del Arcipreste de Talavera o Corbacho (mediados s. XV)

Segunda parte

Aquí comienza la segunda parte de este libro en que dije que se trataría de los vicios, tachas y malas condiciones de las malas y viciosas mujeres. Las buenas en sus virtudes aprobando

Capítulo I

De los vicios y tachas y malas condiciones de las perversas mujeres, y primero digo de las avariciosas

Por quanto las mujeres que malas son, viciosas y deshonestas o enfamadas, no puede ser de ellas escrito ni dicho la mitad que decir o escribir se podría por el hombre, y por quanto la verdad decir no es pecado, mas virtud, por ende, digo primeramente que las mujeres comúnmente por la mayor parte de avaricia son dotadas; y por esta razón de avaricia muchas de las tales infinitos y diversos males cometen: que, si dineros, joyas preciosas y otros arreos intervengan o dados les sean, es duda que a la más fuerte no derruequen y toda maldad espera que cometerá la avariciosa mujer con desfrenado apetito de haber, así grande como de estado pequeño.

Contarte he un ejemplo que conteció en Barcelona: una reina era muy honesta con infingimiento de vanagloria, que pensaba haber más firmeza que otra, diciendo que cuál era la vil mujer que a hombre su cuerpo libraba por todo el haber que fuese al mundo. Tanto lo dijo públicamente de cada un día, que un caballero votó al vero palo si supiese morir en la demanda de probarla por vía de recuesta o demanda si por dones libraría su cuerpo. Y un día el caballero dijo: «Señora, ¡oh qué hermosa sortija tiene vuestra merced con tan hermoso diamante! Pero, señora, ¿quién uno vos presentase que valiese más que diez, vuestra merced amar podría a tal hombre?». La reina respondió: «No le amaría aunque me diese uno que valiese más que ciento». Replicó el caballero y dijo:

«Señora, si vos diese un rubí un gentil hombre que hiciese luz como un antorcha, ¿amarlo ibais, señora?». Respondió: «Ni aunque reluciese como cuatro antorchas». Tornó el caballero y dijo: «Señora, quien vos diese una ciudad tamaña como Roma cuando estaba en su éser, principado y señorío de todo el mundo, ¿amarle ibais, señora?». Respondió: «Ni aunque me diese un reino de Castilla». Desde que vio el caballero que no podía entrar por dádivas, tentola de señorío y dijo: «Señora, quien vos hiciese del mundo emperadora y que todos los hombres y mujeres vos besasen las manos por señora, señora ¿amarle ibais?». Entonces la reina suspiró muy fuertemente y dijo: «¡Ay, amigo! tanto podría el hombre dar que...!». Y no dijo más. Entonces el caballero comenzose de sonreír, y dijo entre sí: «Si yo tuviese ahora qué dar, la mala mujer en las manos la tenía». Y la reina pensó en sí, y vio que había mal dicho, y conoció entonces que a dádivas no hay acero que resista, cuanto más persona que es de carne y naturalmente trae consigo la desordenada codicia.

Por ende habe por dicho que si el dar quiebra las piedras, doblegará una mujer que no es fuerte como piedra. Por dádivas harás venir a tu voluntad al papa, a otorgarte todo lo que quisieres; ítem, el emperador, rey u otro menor harás hacer lo que quisieres con dádivas; ítem, del derecho harás hacer tuerto dando a los que lo administran joyas y dones; ítem, de la mentira harás hacer con dádivas verdad. Pues no te maravilles si con dádivas hicieren los hombres a las firmes caer y de sus honras a menos venir, que ni guarda el don paraje, linaje ni peaje; todo a su voluntad lo trastorna. Por ende puedes más creer cuánta es la avaricia en la mujer, que apenas verás que menesteroso sea de ellas acorrido en su necesidad; antes no estudian sino como picaza dónde esconderán lo que tienen, porque no se lo hallen ni vean. Y así la mujer se esconde de su marido, como la amiga de su amigo, la hermana del hermano, la prima del primo. Y demás, por mucho que tengan siempre están llorando y quejándose de pobreza: «No tengo; no alcanzo; no me precian las gentes nada. ¿Qué sera de mí, cuitada?». Y si alguna cosa de lo suyo despende, cualquier poco que sea, esto primeramente mil veces lo llora, mil zaheríos da por ello antes y después. Así les contece, como hizo a los dos sabios Epicurio y Primas, que nunca su dios de Epicurio era sino comer, y de Primas sino beber, pensando no haber otro dios de natura sino comer y beber; en esto fenecieron sus días todos. Así la mujer piensa que no hay otro bien en el mundo sino haber, tener y guardar y poseer, con solícita guarda condensar, lo ajeno francamente despendiendo y lo suyo con mucha industria guardando. Donde por experiencia verás que una mujer en comprar por una blanca más se hará oír que un hombre en mil maravedís. Ítem, por un huevo dará voces como loca y henchirá a todos los de su casa de ponzoña: «¿Qué se hizo este huevo? ¿quién lo tomó? ¿quién lo llevó? ¿A dó le este huevo? Aunque vieres que es blanco, quizá negro será hoy este huevo. Puta, hija de puta, dime: ¿quién tomó este huevo? ¿Quién comió este huevo comida sea de mala rabia: cámaras de sangre, correncia mala le venga, amén! ¡Ay huevo mío de dos yemas, que para echar vos guardaba yo! ¡Que de uno o de dos haría yo una tortilla tan dorada que cumplía mis vergüenzas. Y no vos endureba yo comer, y comiovos ahora el diablo! ¡Ay huevo mío, qué gallo y qué gallina salieran de vos! Del gallo hiciera capón que me valiera veinte maravedises, y la gallina catorce; o quizá la echara y me sacara tantos pollos y pollas con que pudiera tanto multiplicar, que fuera causa de sacarme el pie del lodo. Ahora estarme he como desaventurada, pobre como solía. ¡Ay huevo mío, de la meajuela redonda, de la cáscara tan gruesa! ¿Quién me vos comió? ¡Ay, puta Marica, rostros de golosa, que tú me has lanzado por puertas! ¡Yo te juro que los rostros te queme, doña vil, sucia, golosa! ¡Ay huevo mío! Y ¿qué será de mí? ¡Ay, triste, desconsolada! ¡Jesús, amiga! ¿cómo no me fino ahora? ¡Ay, Virgen María! ¿cómo no revienta quien ve tal sobrevienta? ¡No ser en mi casa mezquina señora de un huevo! ¡Maldita sea mi ventura y mi vida sino estoy en punto de rascarme o de mesarme toda! ¡Ya, por Dios! ¡Guay de la que trae por la mañana el salvado, la lumbre, y sus rostros quema soplando por encenderla, y fuego hecho pone su caldera y calienta su agua, y hace sus salvados por hacer gallinas ponedoras, y que, puesto el huevo, luego sea arrebatado! ¡Rabia, Señor, y dolor de corazón! Endúrolos yo, cuitada, y paso como a Dios place y llévamelos al huerco. ¡Ya, Señor, y llévame de este mundo; que mi cuerpo no guste más pesares ni mi ánima sienta tantas amarguras! ¡Ya, Señor, por el que tú eres, da espacio a mi corazón con tantas angosturas como de cada día gusto! ¡Una muerte me valdría más que tantas, ya por Dios!». Y en esta manera dan voces y gritos por una nada.

Ítem, si una gallina pierden, van de casa en casa conturbando toda la vecindad. «¿Do mi gallina, la rubia de la calza bermeja?», o «¿la de la cresta partida, cenicienta oscura, cuello de pavón, con la calza morada, ponedora de huevos? ¡Quien me la hurtó, hurtada sea su vida! ¡Quien menos me hizo de ella, menos se le tornen los días de la vida! ¡Mala landre, dolor de costado, rabia mortal comiese con ella! ¡Nunca otra coma! ¡Comida mala comiese, amén! ¡Ay, gallina mía, tan rubia, un huevo me dabas tú cada día; aojada te tenía el que te comió, acechándote estaba el traidor! ¡Deshecho le vea de su casa a quien te me comió! ¡Comido le vea yo de perros aína, cedo sea; véanlo mis ojos, y no se tarde! ¡Ay gallina mía, gruesa como un ansarón, morisca, de los pies amarillos, crestibermeja! ¡Más había en ella que en dos otras que me quedaron! ¡Ay triste! Aun ahora estaba aquí, ahora salió por la puerta, ahora salió tras el gallo por aquel tejado. El otro día -triste de mí, desaventurada, que en hora mala nací, cuitada!- el gallo mío bueno, cantador, que así salían de él pollos como del cielo estrellas, atapador de mis menguas, socorro de mis trabajos; que la casa ni bolsa, cuitada, él vivo, nunca vacía estaba. ¡La de Guadalupe, Señora, a ti la acomiendo! ¡Señora, no me desampares ya! ¡Triste de mí, que tres días ha entre las manos me lo llevaron! ¡Jesús, cuánto robo, cuánta sinrazón, cuánta injusticia! ¡Callad, amiga, por Dios! ¡Dejadme llorar; que yo sé qué perdí y qué pierdo hoy! ¡A cada uno le duele lo suyo y tal joya como mi gallo, cuitada, y ahora la gallina! ¡Rayo del cielo mortal y pestilencia venga sobre tales personas! ¡Espina o hueso comiendo se le atravesase en el garguero, que San Blas no le pusiese cobro! ¡No diré, amigas, aína diría que Dios no está en el cielo, ni es tal como solía que tal sufre y consiente! ¡Oh, Señor, tanta paciencia y tantos males sufres, ya, por aquel que Tú eres, consueta mis enojos, da lugar a mis angustias: si no, rabiare o me mataré o me tornaré mora! ¡Ahora, en hora mala, si Dios no me vale, no sé qué me diga! ¡Dejadme, amiga, que muere la persona con la sinrazón, que mal de cada rato no lo sufre perro ni gato. Daño de cada día, sufrir no es cortesía; hoy una gallina y antier un gallo: yo veo bien mi duelo, aunque me lo callo. ¿Cómo te hiciste calvo? Pelo a pelillo el pelo llevando. ¿Quién te hizo pobre, María? perdiendo poco a poco lo poco que tenía. ¡Mozas, hijas de putas, venid acá! ¿Dónde estáis, mozas? ¡Mal dolor vos hiera! ¿No podéis responder "señora"? ¡Hay, ahora, landre que te hiera! Y ¿dónde estabas? ¡Di! No te duele a ti así como a mí. Pues corre en un punto, Juanilla; ve a casa de mi comadre, dile si vieron una gallina rubia de una calza bermeja. Marica, anda, ve a casa de mi vecina, verás si pasó allá la mi gallina rubia. Perico, ve en un salto al vicario del arzobispo, que te dé una carta de descomunión, que muera maldito y descomulgado el traidor malo que me la comió. Bien sé que me oye quien me la comió. Alonsillo, ven acá, para mientes y mira que las plumas no se pueden esconder, que conocidas son. Comadre, ¡ved qué vida esta tan amarga! ¡Yuy, que ahora la tenía ante mis ojos! Llámame, Juanillo, al pregonero, que me la pregone por toda esta vecindad. Llámame a Trotaconventos, la vieja de mi prima, que venga y vaya de casa en casa buscando la mi gallina rubia. ¡Maldita sea tal

vida! ¡Maldita sea tal vecindad! Que no es el hombre señor de tener una gallina; que aún no ha salido el umbral que luego no es arrebatada. ¡Andémonos, pues, a hurtar gallinas; que para esta que Dios aquí me puso, cuantas por esta puerta entraren! ¡Ese amor les haga que me hacen! ¡Ay gallina mía rubia! y ¿adónde estáis vos ahora? Quien vos comió bien sabía que vos quería yo bien, y por enojarme lo hizo. Enojos y pesares y amarguras le vengan por manera que mi ánima sea vengada. Amén. Señor, así lo cumple Tú por aquel que Tú eres: y de cuantos milagros has hecho en este mundo, haz ahora este, porque sea sonado».

Esto y otras cosas hace la mujer por una nada. Son allegadoras de la ceniza; más bien derramadoras de la harina. En las faldas rastrando, y en las mangas colgando, y otros arreos deshonestos que ellas traen, no ponen cobro -por do sus maridos, parientes y amigos deshacen- y ponen cobro en el huevo y la gallina. Y aun ellas mismas dicen cuando las faldas las enojan: «¡El diablo haya parte en estas faldas, ni en la primera que las usó!». Mas no maldice a sí misma que las trae. Y si alguno se lo retrae, responde: «Pues hago como las otras». Y bien dice verdad; que ya la mujer del menstrual, si ve la mujer del caballero de nuevas guisas arreada, aunque no tenga qué comer, cayendo o levantando, ella así ha de hacer o morir. No son sino como monicas: cuanto ven tanto quieren hacer. «¿Viste Fulana, la mujer de Fulano, la vecina, cómo iba el domingo pasado? Pues ¡quemada sea si este otro domingo otro tanto no llevo yo, y aun mejor!». Cuántas ropas visten las otras, de qué paño, qué color, qué arreos, qué cosas traen consigo: yo te digo, que tanto paran mientes en estas cosas que no se les olvidan después. «Fulana llevaba esto; Zutana vestía esto». Por cuanto en aquello ponen su corazón y voluntad, mas no en el provecho de su casa, estado y honra, sino en vanidades y locuras y en cosas de poca pro. Y si el marido con menester empeña alguna aljuba o manto de ella, o cinta u otra alhaja, aquí son los llantos, aquí son los gemidos, los rezongos, los zaheríos, lágrimas y maldiciones, diciendo: «¡Ay sin ventura de mí! no hube yo ventura como mi vecina; que en lugar de medrar desmedro; en lugar de hacerme paños nuevos, empeñáste me estos cautivos que en la boda me distes, y tales cuales ellos son. ¿Esto esperaba yo medrar convusco? ¿Así medran las otras? ¿Así van adelante? ¡En buena fe de esta casa nunca salga -y ¿para qué?- que hayan qué decir! Ya no tengo con qué salir. ¡Ay triste de mí! ¡Pues tomadlo todo! ¡Tomad eso otro que queda; empeñado todo; vendedlo todo! Y después siquiera esté yo emparedada y nunca salga; que vos por esto lo habéis. Pues, yo vos hartaré; yo vos contentaré; que yo vos prometo que por aquella puerta no me veáis salir más. Yo sé qué digo: séame Dios testigo», etc. Luego amenazan -ya se vos entiende con qué- nunca hacen buena cara, ni buen cocinado: mal cocho, peor asado, y maldiciones abondo. Pero si el cuitado de marido, padre o amigo no lo puede ganar, a su oficio no se corre, y para mantener a ella ha menester algunos dineros, y empeña sus balandranes, su espada, sus armas, el jubón, las botas, hasta las mezquinas; o vende su casa, viña o campo o heredad: allí no dan voces, no hay maldiciones, lágrimas ni gemidos. Empero lo suyo y de su ajuar y dote sea bien guardado y no se lleguen a ello. Lo del cuitado vaya y venga, que hilando ella lo reparará con la rueda o el torno.

Eso mismo digo de las de gran manera y estado según más y menos; y de los grandes según sus estados y maneras eso mismo; por esto, algunos de ellos pasan. Esto les proviene a las mujeres de la soberana avaricia, que en ellas reina, en tanto que no es mujer que de sí muy avara no sea en dar, franca en pedir y demandar, industriosa en retener y bien guardar, cavilosa en la mano alargar, temerosa en mucho emprestar, abundosa en cualquier cosa tomar, generosa en lo ajeno dar, pomposa en arrear, vanagloriosa en hablar, acuciosa en vedar, rigurosa en mandar, presuntuosa en escuchar, y muy presta en ejecutar.

Capítulo II

De cómo la mujer es murmurante y detractora

La mujer ser murmurante y detractora, regla general es de ello: que si con mil habla, de mil habla cómo van, cómo están, qué es su estado, qué es su vida, cuál es su manera. El callar le es muerte muy áspera: no podría una sola hora estar que no profazase de buenos y malos. No le es ninguno bueno ni buena en plaza ni en iglesia, diciendo: «¡Yuy, y cómo iba Fulana, mujer de Fulano, el domingo de Pascua arreada! Buenos paños de escarlata con forraduras de martas finas, saya de florentín con cortapisa de veros trepada de un palmo, faldas de diez palmos rastrando forradas de camocán; un pordemás forrado de martas cebellinas con el collar lanzado hasta medias espaldas, las mangas de brocado, los paternostres de oro de doce en la onza, almanaca de aljófar (de ciento eran los granos), arracadas de oro que pueblan todo el cuello; crespina de filetes de flor de azucena con mucha argentería, ¡la vista me quitaban! Un partidor tan esmerado y tan rico que es de flor de canela, de hilo de oro fino con mucha perlería; los moños con temblantes de oro y de partido cambray; todo trae trepado de hoja de higuera; argentería mucha colgada de lunetas y lenguas de pájaro y retronchetes y con randas muy ricas; demás un todo seda con que cubría su cara, que parecía a la reina Saba; por mostrarse más hermosa, ajorcas de alambar engastonadas en oro, sortijas diez o doce, donde hay dos diamantes, un zafir, dos esmeraldas; lúas forradas de martas para dar con el aliendo luzor en la su cara y revenir los afeites: relucía como un espada con aquel agua destilada. Un textillo de seda con tachones de oro, el cabo esmerado con la hebilla de luna, muy lindamente obrado; chapines de un jeme poco menos en alto, pintados de brocado. Seis mujeres con ella, moza para la falda, moscadero de pavón todo algaliado; sahumada, almizclada, las cejas algaliadas, reluciendo como espada. Piénsase, Marimenga, que ella se lo merece. ¡Aquella es, aquella, amada y bien amada, que no yo, triste, cuitada! Todo se lo dio Fulano, su marido: por cierto que es amada. ¡Ay mezquina y triste de mí, que amo y no soy amada! ¡Oh desaventurada! No nacen todas con dicha: yo mal vestida, peor calzada, sola, sin compañía; que una moza nunca pude con este falso alcanzar. En dos años anda que nunca hice alforza nueva: un año ha pasado que traigo este pedazo. ¿Por qué, mezquina, cuitada, o sobre qué lloraré mi ventura, maldeciré mi hado triste, desconsolada, de todas cosas menguada? Y ¿cómo? ¿No soy yo tan hermosa como ella y aun de cuerpo más bastada? ¿Por qué no voy como ella arreada? Ni por eso pierdo yo mi hermosura, ni soy de mirar menos en plaza que ella allí do va. Pues, con todo su perejil no se igualará conmigo. ¡Mucha nada! ¡Mal año para la vil, sucia, desdonada, perezosa, enana, vientre de itrópica, fea y mal tajada! Pues en buena fe, allí do va arreada, si supiesen reventarían. ¡Oh qué dientes podridos tiene de poner albayalde, sucia como araña! ¡Por Dios, quitadme allá! ¡Como perro muerto le hiede la boca! ¡Triste de mí, que yo limpia soy como el agua, aliñada, ataviada! Trabajar, velar, ganar, endurecer, esto sí hallarán en mí: la blanca en mi poder es florín. Si yo como otras tuviese, florecerían y ganarían las cosas en mi poder. Mas, señora, ¿qué me diréis? ¿quién no tiene, que pásase el mes y el año que no vos daría fe que moneda corre? Que mi vida nunca es sino de día y de noche trabajar y nunca medrar; y lo peor que no soy conocida ni preciada, soy desfavorecida. Pues otro era mi padre que no era su abuelo. ¡Loado sea Dios que me quiso tanto mal! Mi ventura lo hizo; que si Dios anduviese por la tierra, treinta mil en ajuar traje y en dineros contados, y aquella en camisa la tomó su marido. Peor soy que amiga, nunca más medré de esta saya, que esta otra

que tengo, perdone Dios a mi padre, que él me la dejó y él se la ganó. Pues, ¿qué medré, amigo, después que estoy con vos? Hadas malas, hilar de noche y de día. Esta es mi bienandanza: echarme a las doce, levantarme a las tres y duerma quien pudiere; comer a mediodía, y aun Dios si lo tuviere. ¡Guay de la que en casa de su padre se crio (y con cuánto vicio), y esperó venir a estas hadas malas! Y ¿por qué, y aun sobre qué, cuitada, desaventurada, triste, mal hadada?». Y el amiga dice a su amigo: «¡Ay de mí! Más me valiera ser casada; que fuera más honrada y en mayor estima tenida. ¡Perdime, cuitada, que en hora mala vos creí! No es esto lo que vos me prometistes ni lo que me jurastes; que no he ganado el dinero cuando me lo habéis arrebatado, diciendo que debéis y que jugasteis, y como un rufián amenazando vuestro sombrero, dando coces en él, diciendo: «A ti lo digo, sombrero»; dónde me he yo empeñado y envergonzado muchas veces por vos, buscando para pagar vuestras deudas y baratos. Ya no lo puedo bastar, y ¿dónde lo tengo de haber, amigo? ¡Ya Dios perdone al que mis menguas cumplía y mis trabajos cubría! No queda ya sino que me ponga a la vergüenza con aquellas del público. ¡Guay de mí, cautiva! ¿Así medran las otras? ¡Landre, señor, rabia y dolor de costado!». Estas y otras maneras de hablar tienen las mujeres; de las otras murmurar, detraer y mal hablar, y quejarse de sí mismas, que hacer otra cosa imposible les sería. Esto proviene de uso malo y luengamente continuado, no conociendo su defallimiento; que es un pecado muy terrible la persona no conocer a sí, ni a su fallimiento. Pues, por Dios, cada cual así hable de su prójimo, que de ofenderlo se abstenga.

Capítulo III

De cómo las mujeres aman a diestro y a siniestro por la gran codicia que tienen

Ser la mujer tomadora, usurpadora a diestro y a siniestro, poner en ello duda sería grand pecado: por cuanto la mujer, no solamente a los extraños y no conocidos, más aún a sus parientes y amigos, cuanto puede tomar y rebatar y apañar, tanto por obra pone sin miedo ni vergüenza. Dar no es de su condición. Y así contece al hombre con la mujer, como al padre y madre con su hijo: dele el padre o la madre a su hijo cuanto quisiere, y nunca le diga de non; tómenle un poquito de pan el padre o madre, u otra cosa que tenga, luego llora y lo demanda con grandes gritos, caso que él se lo haya dado. O diga el padre o madre a su hijo por probar: «Hijo, dame esto, que soy tu padre», luego huye con ello y vuelve la cara. Asimismo es de la mujer: dale, que cantando tomará; pídele, que regañando llorará. Y lo que toman y hurtan así lo esconden por arcas y por cofres y por trapos atados que parecen revendederas o merceras; y cuando comienzan las arcas a devolver, aquí tienen aljófár, allá tienen sortijas, aquí las arracadas, allá tienen pulseras, muchas implas trepadas de seda; y todo seda, volantes, tres o cuatro lenzarejas, cambrays muy mucho divisados, tocas catalanas, trunfas con argentería, pulseras brosladas, crespinas, partidores, alfardas, albanegas, cordones, transcoles; almanacas de aljófár y de cuentas negras, otras de las azules de diez mil en almanaca, de diversas labores; las gorgueras de seda de impla y de lienzo delgado brosladas, randadas; mangas de alcandora de impla de ajuar, camisas brosladas -¡esto ya no ha par!- mangas con puñetes, fruncidas y por fruncir, otras también brosladas y otras por broslar; pañezuelos de manos a docenas; y más bolsas y cintas de oro y plata muy ricamente obradas; alfileres, espejo, alcofolera, peine, esponja con la goma para asentar cabello, partididor de marfil, tenazuelas de plata para algún pelillo quitar si se demostrare, espejo de alfinde, para apurar el rostro, la saliva ayuna con el paño para lepar. Pero después de todo esto comienzan a entrar por los ungüentos; ampolletas, potecillos, salseruelas donde tienen las aguas para afeitar; unas para estirar el cuero, otras destiladas para relumbrar; tuétanos de ciervo o de vaca y de carnero. ¿Y no son peores estas que diablos, que con las riñonadas de ciervo hacen de ellas jabón? Destilan el agua por cáñamo crudo y ceniza de sarmientos, y la riñonada retida al fuego échanla en ello cuando hace muy recio sol, meneándolo nueve veces al día una hora, hasta que se congela y se hace jabón que dicen napolitano. Mezclan en ello almizque y algalia y clavo de giroflé, remojados dos días en agua de azahar, o flor de azahar con ella mezclado, para untar las manos que se tornen blancas como seda. Aguas tienen destiladas para estirar el cuero de los pechos y manos a las que se les hacen arrugas: el agua tercera que sacan del solimán de la piedra de plata, hecha con el agua de mayo -molida la piedra nueve veces y diez con saliva ayuna, con azogue muy poco, después cocho que mengüe la tercia parte- hacen las malditas una agua muy fuerte -que no es para escribir, tanto es fuerte- la de la segunda cochura es para los cueros de la cara mudar; la tercera para estirar las arrugas de los pechos y de la cara. Hacen más, agua de blanco de huevos cochos, estilada con mirra, cánfora, angelotes, trementina -con tres aguas purificada y bien lavada, que torna como la nieve blanca- raíces de lirios blancos, bórax fino: de todo esto hacen agua destillada con que relucen como espada. Y de las yemas cochadas de los huevos, aceite para las manos: en una cazuela traelas al fuego, rociándolas con agua rosada, y con un paño limpio y dos garrotes sacan el agua, y el aceite para las manos y la cara ablandar y purificar. No lo digo porque lo hagan -que de aquí no lo aprenderán si de otra parte no lo saben, por bien que aquí lo lean- mas dígolo por que sepan que se saben sus secretos y poridades. Y aun de esto habló Juan Bocaccio -de los arreos de las mujeres y de sus tachas y cómo las encubren- aunque no tan largamente; y otros muchos han escrito y escribieron, yo no digno de ser entre ellos nombrado. Pues no se maravillen de mí si algo en práctica escribí, pues Juan Bocaccio puso harto de esto, y otros, como dije, de ello escribieron. Todas estas cosas hallaréis en los cofres de las mujeres: Horas de Santa María, siete salmos, historias de santos, salterio en romance, ¡ni verle del ojo! Pero canciones, decires, coplas, cartas de enamorados y muchas otras locuras, esto sí; cuentas, corales, alfójar enhilado, collares de oro y de medio partido, de finas piedras acompañado, cabelleras, acerufes, rollos de cabellos para la cabeza; y demás aún aceites de pepitas y de alfolvas mezclado, simiente de niesplas para ablandar las manos, almizque, algalia para cejas y sobacos, alámbar confeccionado para los baños, jabón que suso dije, para ablandar las carnes, cinamomo, clavos de giroflé para en la boca. De estas y otras infinitas cosas hallarás sus arcas y cofres atestados, que siendo bien desplegado, una gruesa tienda se pararía sin vergüenza. Pero cuando ellas esto revuelven, adoban y guardan, así están encendidas que les parece estar en gloria, con deseo de mucho más: que aun no están hartas ni contentas aunque tuviesen cuatro tanto más. Todas estas cosas susodichas de mala o buena ganancia las han, según las tierras y los trajes de ellas: unas según ciudadanas, otras villanas, otras aldeanas y serranas, cada cual según su tierra y reino donde nació o usa, está o vive. El entendiente tome el dicho particular por ejemplo universal. Y seas cierto que para haber de estos arreos no hay hurto, dolo ni ruindad que las de perversa cualidad no cometan algunas de ellas contra sus maridos y amigos, o cualesquier otros. Por donde se concluye que la mujer a diestro y a siniestro tomar para que ella tenga -¡venga donde venga!- general regla es de ello, no curando si complacen a Dios o le ofenden en tales maneras tener. Entiéndame la que quisiere, y si mal de mí dijere, perdónela Dios.